

Índice

Prólogo. El peso de la memoria	15
PRIMERA PARTE. VIDAS MIGRANTES Y ALFABETIZACIÓN	31
1. Un pueblo que emigra.	33
1.1. Partir desde Asturias: consideraciones generales	34
1.2. Razones para emigrar	38
1.3. ¿Quiénes emigraron?	45
2. Palabras viajeras.	53
2.1. La comunicación postal.	55
2.2. Los lazos entre Asturias y América	63
2.3. Los ritmos del correo	67
3. Educar para volar.	75
3.1. El panorama escolar y alfabetizador	76
3.2. La escuela por dentro: aprendizaje y contenidos.	81
3.3. Emigración y alfabetización	88
3.3.1. Las escuelas que levantaron los emigrantes: características y prácticas educativas	93
3.4. Un ejemplo de enseñanza práctica: las escuelas de comercio	103

SEGUNDA PARTE. LEYENDO EN LAS CARTAS	113
4. La construcción de la carta.	115
4.1. El soporte de la escritura	115
4.2. Sobres y marcas postales	123
4.3. La estructura epistolar y la disposición del texto.	130
4.4. La competencia gráfica	140
4.5. Los rastros de la oralidad	154
4.6. Las cartas compartidas	159
5. Ente llínees.	179
5.1. La comunidad diglósica asturiana.	180
5.2. De la aldea al papel: la presencia de la lengua asturiana en las cartas de los emigrantes	185
5.2.1. Marcelina Menéndez Selgas y Anita García González	186
5.2.2. Sixto Fernández García.	201
6. La vida sobre el papel	213
6.1. Dejar Asturias atrás	216
6.2. Motivos para emigrar	222
6.3. Dos constantes: salud y amor	229
6.4. Todo queda en familia.	236
6.5. Las redes que sustentaron a los emigrantes	242
6.6. Pensar en el retorno	245
6.7. La Historia en las cartas	250
7. Para terminar	255
Fuentes y bibliografía.	265

Prólogo. El peso de la memoria

Cuando volvió a París en septiembre, me anunció que se había traído algo que iba a interesarme: cartas, cartas de «aquellos tiempos».

—Me las había dado a guardar tu abuela, con otras cosas. Me dijo: «¡Sé que tú las cuidarás!». Como me había estado haciendo preguntas, busqué un rato para revolver un poco entre todos esos papeles. No fue fácil. ¡Hay una maleta llena!

—¿Una maleta llena de documentos? ¿En casa?

—Sí, en el armario empotrado grande de mi cuarto. Cartas, fotos, cuadernos, recortes de periódicos, recibos, actas notariales... Tenía intención de ordenarlo un poco, pero tuve que cambiar de idea, era demasiado complicado, lo he dejado todo como estaba. Solo te he traído estas cartas porque son de Gebrayel.

¡De Gebrayel!

Solté un alarido, pero un alarido interior, del que no se notó nada, creo, salvo un leve temblor de los labios.

Mi madre sacó las cartas del bolso para alargármelas. Sin solemnidad alguna, como si fuera el correo de la víspera.

Tres cartas. Las tres echadas al correo en La Habana, en 1912. En un abrir y cerrar de ojos, Gebrayel dejó de ser para mí una figura fantasmal ya desvanecida en un pasado inconcreto. Ahora tenía en las manos páginas de su puño y letra, su acento, su aliento, su sudor. Iban dirigidas a mi abuelo, que las había conservado y se las había dejado, luego, a su viuda, que se las había entregado a su nuera, quien, con ese ademán de tendérmelas, las ponía a mi cargo.

Sostuve las cartas en horizontal encima de las palmas abiertas, les di la vuelta, una tras otra; las sopesé, después, durante mucho rato, encantado de comprobar que pesaban y abultaban, pero sin atreverme aún a sacar las hojas de los sobres.

Hasta la mañana siguiente, en la serenidad de mi biblioteca y con las puertas cerradas, encima de una mesa de madera, tras despejarla primorosamente de todos los estorbos y limpiarle el polvo a continuación, no me sentí en condiciones de hacer hablar a esos frágiles testigos.

Desdoblé las cartas y las coloqué ante mí, sin brusquedad. Y, antes de leerlas a fondo, empecé por recorrerlas con ojos perezosos, espigando acá y allá algunas frases [...].¹

¹ Amin Maalouf (2010): *Orígenes*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 24-25.

Amin Maalouf evoca en su obra *Orígenes* el encuentro con las cartas de su tío abuelo y con la maleta en la que sus antepasados habían ido depositando distintos papeles, experiencia que supuso un cambio radical en su percepción de la familia, de su pasado y, seguramente, de su futuro. Maalouf, gracias a la lectura, al acercamiento a estos textos, comenzó a vislumbrar las siluetas de los suyos, esas sombras borrosas que mediante cartas y fotografías acabaron definiéndose ante él. Unos papeles a los que se acercó casi con miedo, con veneración, «agarrándolos medrosamente por las esquinas, haciendo pinza con los dedos»,² para abrirlos con cuidado y desentrañar las informaciones que contenían.

No son pocos los hogares que, generación tras generación, han preservado cartas, fotografías, boletines de notas, recibos, tarjetas postales, agendas, diarios, manuales o cuadernos escolares, testigos de la memoria familiar, que ayudan a definir la identidad de los integrantes de un grupo unido por los afectos. Pero la realidad y el pragmatismo pugnan contra la conservación de todos estos testimonios. Con frecuencia, la falta de espacio, el paso de los años, el desinterés por los acontecimientos pasados, la desconexión de las vivencias de los otros, una mudanza o el desmantelamiento de la casa familiar han originado la destrucción de una ingente cantidad de documentos personales. Al fin y al cabo, ¿quién va a tener interés por unos papeles viejos? ¿Para qué van a servir unos documentos que solamente hablan de personas corrientes?³

I

Estas fuentes producidas por la gente común, a veces arrinconadas, a veces denostadas, son el centro de esta obra, que pretende ser una aportación a la Historia de la cultura escrita en la época contemporánea. Esta investigación integra diferentes intereses, técnicas y métodos de trabajo de dicha área, conjugándose una atención por sujetos que han permanecido al margen de las estructuras de poder, con el análisis de fuentes personales generadas en un contexto privado y nunca producidas para ser difundidas más allá del círculo familiar. Con ello, intentaré responder a distintos interrogantes, que van desde la misma alfabetización de los hombres y mujeres, hasta el uso que hicieron de la lengua en sus correspondencias a fin de desentrañar la realidad escrita que caracterizó al fenómeno migratorio asturiano de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX.

Escribir una carta, como es sabido, no es escribir un producto cualquiera, posee sus

² *Ibidem*, p. 41.

³ Mari Luz Mandingorra Llavata (2000): *Conservar las escrituras privadas, configurar las identidades*, Valencia: Seminari internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, *Arché*, núm. 7, p. 16.

especificaciones. Escribir una carta es escribir a otro, para otro. Tal y como la definió Armando Petrucci:

La carta misiva es un microtexto constituido por una comunicación escrita de naturaleza informativa, de petición, afectiva, de discusión, polémica, de acusación, etc., enviada por un remitente a un destinatario; nunca presupone o genera derechos; generalmente está escrita de acuerdo con determinadas costumbres formularias y materiales, conocidas por el remitente y el destinatario; destinada regularmente a circular en un ámbito restringido y con un número de ejemplares no superior al de los destinatarios; está caracterizada por la previsión de la recepción y por la elevada posibilidad de respuesta, que en ocasiones está explícita y, otras veces, implícita; en realidad cualquier carta misiva configura o se inserta en una cadena epistolar, en teoría, continua.⁴

Las protagonistas de este estudio son las misivas que los emigrantes y sus familias intercambiaron durante su separación. En ocasiones, sinónimo de una ruptura definitiva; en otras, de un alejamiento temporal que con el devenir de los años se disolvió al reencontrarse los seres queridos, viajaron entre diversas localidades asturianas y distintos puntos del continente americano, preferentemente de latitudes meridionales. Cartas con las que sintonizar el dial de nuestro pasado, escuchar las voces de hombres y mujeres según han perdurado en frágiles papeles y rescatar unas vivencias que son parte de nuestra propia realidad. Su objetivo principal no era hacer un ejercicio de estilo, sino comunicar, transmitir las noticias relevantes, reflexionar sobre uno mismo o sus experiencias vitales, aportar informaciones sustanciales, anunciar hechos significativos o especialmente notorios...; todo ello como forma de alimentar un afecto, unos vínculos familiares y amistosos que integran a los individuos en una red que alimentan con sus palabras y que, a la vez, les nutre a ellos. El que lee, el receptor, reconstruye un mensaje y, en este contexto, lee entre líneas y dota de un sentido completo al texto escrito y al acto comunicativo.

Se trata de materiales a los que hay que aproximarse conociendo su naturaleza, ya que cada género posee unas características propias y por ello el filtro interpretativo debe ser diferente.⁵ En cuanto a su representatividad, evidentemente no se han conservado todas las misivas que los emigrantes y sus familias produjeron, pero existe una buena muestra. Esta se conforma, en primer lugar, de manera aleatoria, pues su salvaguarda se debe a la casualidad, a la voluntad de los propietarios o a la red de contactos tejida para recuperarlas. Pero el hecho de que sea un conjunto documental construido de forma circunstancial no significa que no sea legítimo. Para comprender el proceso de recuperación de estos fondos epistolares hay que tener presente el factor

⁴ Armando Petrucci (2006): «Escritura y epistolografía», *Cultura Escrita & Sociedad*, núm. 2, p. 165.

⁵ Giovanni Ciappelli (2005): «¿Existe una línea maestra en el estudio de la autobiografía?», *Cultura escrita & Sociedad*, núm. 1, p. 55.

humano, que origina una memoria adulterada. Nena Reyes refleja a la perfección esta realidad. Hija de los emigrantes José Reyes y Anita García, escribió una carta desde Santiago de Cuba el 30 de mayo de 1957 a su primo José, quien residía en España. El clima en Cuba era ya muy convulso y se vislumbraban importantes sucesos. En su misiva, la joven se interesa por los negocios que prosperarían en Asturias, dado que pretendía convencer a sus padres para marchar a la región. En el momento en el que Nena comunica que ha conseguido sellos «muy viejos de las cartas de mamá» para la colección de su primo, también da algunos detalles relevantes en torno al proceso de pérdida de parte de las cartas de su familia. Narra entonces que su madre rompió todas las que tenía guardadas ante el cariz que pudieran tomar los acontecimientos y para evitar que cualquiera tuviera acceso a su vida privada: «lloró muchísimo, pero decidimos romperlas, pues como están las cosas uno no sabe qué puede pasarnos y después sabe Dios quién las puede leer y enterarse de todas las cosas de la familia».⁶ Tan solo se salvaron de este acto de destrucción consciente los retratos. Nena enuncia la gran razón que determina la conservación o no de este tipo de cartas, la eliminación selectiva e intencionada con el fin de evitar la intromisión en aspectos íntimos y los posibles perjuicios que ello ocasionaría. Testimonios como este certifican que, sin duda, los propios destinatarios, en tanto que dueños de las mismas, fueron determinantes en su preservación, al ser los primeros en decidir qué debía ser conservado y qué no, qué era peligroso y qué no, qué tenía interés y qué no.

Las cartas que centran esta investigación se conservan en el Muséu del Pueblu d'Asturies en Gijón (MPA).⁷ El azar ha sido el denominador común que ha marcado su proceso de recuperación y preservación. Por parte del museo, desde hace años se viene desarrollando una política activa de salvaguarda de este tipo de fondos, por iniciativa expresa de su director, Juaco López Álvarez. Bien a través de contactos personales, bien profesionales, ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a rescatar epistolarios de emigrantes. Su labor se ha centrado no solo en localizar a quienes guardaban correspondencias en sus casas, sino que también ha establecido contactos con todo tipo de personas, sobre todo con quienes se ocupan de la construcción y demolición de viviendas, compradores de este tipo de documentos, donantes voluntarios, etc. Un sinfín de estrategias destinadas a recuperar estas fuentes de los lugares más insospechados y que han hecho que el museo, junto al Archivo da Emigración Galega de Santiago de Compostela, sea seguramente uno de los centros documentales con una muestra más amplia de este tipo de fondos en España.

⁶ Carta de Nena Reyes García (Santiago de Cuba, Cuba) a su primo José García Álvarez (San Cristóbal, Avilés), 30 de mayo de 1957, MPA, familia González García.

⁷ Un primer acercamiento a estas fuentes en Laura Martínez Martín (2010): «Asturias que perdimos, no nos pierdas». *Cartas de emigrantes asturianos en América (1863-1936)*, Gijón: Muséu del Pueblu d'Asturies; Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

La institución asturiana posee una colección dedicada a la emigración que incluye tanto documentación (cartas personales, diarios, revistas, impresos comerciales, etc.) como fotografías. En la actualidad alberga cerca de 75 epistolarios, que conservan la unidad de cada archivo y que se traducen en más de 4000 cartas nacidas de la emigración, número que se sigue incrementando. Entre ellas predominan las remitidas desde América y proceden, sobre todo, de Cuba, seguida a larga distancia de Argentina y México. Parte de estas correspondencias escapan de los márgenes cronológicos de este estudio, por lo que no han sido objeto de consulta.⁸ Esta se ha centrado en 25 fondos familiares⁹ y el número de misivas que cada familia aporta al compendio final es muy variado, pues existen conjuntos epistolares con cerca de 400 cartas, como el de la familia Rodríguez de Barcia, y otros mucho más reducidos que apenas aúnan una veintena de cartas, por ejemplo, la familia Díaz Alba. Como punto de partida, tras la consulta de los fondos que se ajustaban a los primeros criterios, se realizó una selección de 735 misivas, leídas y revisadas para efectuar una segunda criba. El objetivo de este nuevo proceso de discriminación era fijar un corpus más acotado, pero que, a la vez, fuese característico de las correspondencias migratorias. Para ello se tuvieron en cuenta los siguientes aspectos: dar cabida a un número representativo de familias; elegir testimonios comprendidos en todas las décadas fijadas para la investigación; respetar la proporcionalidad entre hombres y mujeres como remitentes y destinatarios; y mostrar la diversidad gráfico-lingüística de los autores.

Fruto de este segundo paso es la obtención de un corpus de 295 cartas escritas entre el 3 de febrero de 1856 y el 17 de julio de 1936.¹⁰ Esta cronología permite asistir al despegue del fenómeno migratorio español hacia América, desde mediados del siglo XIX, corroborar su ampliación y multiplicación, en especial desde la década de 1880, hasta observar sus cambios en los años previos al estallido de la Guerra Civil española, cuando se cierra cronológicamente la muestra, dado que durante y tras el conflicto también se produjeron grandes desplazamientos de población, ya con otras características y afectando a contingentes diferentes. No es lo mismo hablar de emigrantes que hacerlo de refugiados o exiliados, pues los motivos de unos y otros para salir de su país natal fueron tan diferentes como las suertes y trayectorias de cada cual.¹¹

⁸ Juaco López Álvarez y Sonia Gayo Arias (2015): «La emigración en el Muséu del Pueblu d'Asturies», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XVII, p. 120.

⁹ El listado de estas familias se encuentra en el apartado de Fuentes y bibliografía. Dado que todas las cartas empleadas en este trabajo pertenecen al Muséu del Pueblu d'Asturies, se omite la referencia sistemática al centro, si bien sí se indicará el fondo familiar al que corresponde. En caso de que sea una carta catalogada se incluirá también la signatura, si esta no aparece, se debe a que se trata de un fondo organizado, pero no catalogado.

¹⁰ No se incluye en este total la carta antes citada escrita por Nena Reyes García desde Santiago de Cuba, que se sale del arco cronológico del estudio (30 de mayo de 1957).

¹¹ Sobre estas otras misivas puede verse: Verónica Sierra Blas (2009): *Palabras huérfanas. Los niños y la*

De acuerdo con la fecha de producción, el volumen de correspondencias disponible es dispar (Gráfico 1). Las primeras décadas ofrecen una muestra más baja, debido tanto a que el número de cartas escritas fue inferior, como a su menor supervivencia. A partir de 1900 se aprecia un aumento, dato que se confirma en los años posteriores, lo que coincide con un auge en la alfabetización de las clases populares y con un incremento del número de personas involucradas en el fenómeno migratorio. Destaca asimismo que solo una de las misivas no fue fechada.

Las cartas fueron remitidas, en su mayor parte, desde distintos puntos de América (204 del total). Otras 87 fueron enviadas desde Asturias al continente americano, entre las que se incluyen 19 misivas remitidas dentro de la misma región. El resto, cuatro, fueron producidas en otras situaciones relacionadas con el proceso migratorio, ya sea por emigrantes embarcados o en el puerto de partida o por retornados temporales que visitaban otros puntos de España, por lo que se consideran fruto del mismo proceso migratorio.

En la selección se ha tratado de dar cabida a todas las variantes epistolares localizadas en los fondos del Muséu del Pueblu d'Asturies (Gráfico 11). De igual forma, el origen de las misivas intenta respetar, *grosso modo*, la norma observada en aquel, dado que se conservan en mayor medida las cartas que los emigrados remitieron a sus hogares frente a las que se enviaron desde la región asturiana. Estas últimas han pervivido en diferentes espacios de la geografía americana, entre los que predominan las casas particulares, los archivos de las asociaciones regionales de emigrantes y los museos o instituciones dedicadas a preservar la memoria de la emigración, como, por ejemplo, el Memorial do Imigrante de São Paulo (Brasil) o el Museo Nacional de la Inmigración, de Buenos Aires (Argentina). Parte de las cartas escritas a quienes habían marchado han sobrevivido también en España y han llegado al museo porque algunos destinatarios, los emigrantes, al retornar, consideraron que eran lo suficientemente importantes como para traerlas consigo. Si bien no hay epistolarios cerrados completos en los que se identifica cada carta y su contestación, perviven correspondencias en ambas direcciones, que brindan informaciones complementarias con las que contrastar datos.

Guerra Civil, Madrid: Taurus; y (2008): «“Con el corazón en la mano”. Cultura escrita, exilio y vida cotidiana en las cartas de los padres de los Niños de Morelia», en Antonio Castillo Gómez (dir.) y Verónica Sierra Blas (ed.): *Mis primeros pasos. Alfabetización, escuela y usos cotidianos de la escritura (siglos XIX y XX)*, Gijón: Trea, pp. 411-454; Guadalupe Adámez Castro (2017): *Gritos de papel. Las cartas de súplica del exilio español (1936-1945)*, Granada: Comares; y (2018): «“Todo ser humano no ha muerto”. Súplicas y peticiones del exilio español (1939-1945)», en Elena Díaz Silva, Aribert Reimann, Randal Sheppard (eds.): *Horizontes del exilio. Nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuet, pp. 279-302; Jesús García Sánchez (1996): «La correspondencia de los españoles en Francia (1936-1946)», en Josefina Cuesta y Benito Bermejo (coord.): *Emigración y exilio. Españoles en Francia, 1936-1946*, Madrid: Eudema, pp. 330-343.